

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

CUESTIONES AGRARIAS

En nuestro diario se debaten desde hace varios meses, con más o menos apasionamiento, cuestiones relativas a la organización agraria, a la difusión de nuestras ideas en el campo, a los medios para interesar a la población agraria en la transformación social que nosotros propiciamos.

Unánimemente se reconoce que el habernos "recluido" con nuestra propaganda y nuestras organizaciones en los límites del proletariado industrial, ha sido un perjuicio para el fomento de los ideales revolucionarios. Casi todos los opinantes están de acuerdo en que la revolución en las ciudades es impotente para crear la nueva sociedad sin la cooperación "activa" de los trabajadores de la tierra, y que las instituciones económicas y sociales del porvenir han de forjarse más en el campo que en el seno de las grandes ciudades.

El período subversivo que siguió a la guerra ha sido pródigo en enseñanzas y sólo con gran esfuerzo nos imponemos la fe en la eficiencia salvadora de nuestra propaganda urbana. Se nos ocurre que si un día contamos en los medios industriales con fuerza y audacia suficientes para ocupar las fábricas, nos veríamos poco después en la necesidad de devolverlas a los patrones, porque no sabríamos que hacer con ellas, ya que la base de toda economía, y en particular en los países como éste, está fuera de la ciudad, y fuera de la ciudad no tenemos ninguna perspectiva de apoyo inmediato. Si aspirásemos al poder político, entonces sí, una dominación de la ciudad sería suficiente; pero nosotros no aspiramos a una transformación social por decretos, y en consecuencia la nueva vida tendrá su más sólido fundamento en la modalidad económica por nosotros prestigiada y que consiste, no en la centralización, sino en la descentralización, es decir, no en las ciudades, sino en el campo, en las comunas libres y solidarias.

Abrigamos la esperanza que las discusiones entabladas en el diario han de llevar a alguna solución, a algún esclarecimiento útil para la mejor apreciación de las situaciones actuales y de las perspectivas para el mañana. Por lo menos atraerán la atención de los militantes sobre este importante problema de la propaganda en el campo.

También en Italia está a la orden del día la misma discusión en nuestros periódicos. A propósito de un informe sobre la cuestión agraria y los anarquistas, debido al encargado

de la correspondencia de la Unión Anárquica Italiana, un camarada que firma con el pseudónimo Giantino, publica en el último número de "Fede", de Roma, un interesante artículo sobre la "Pequeña propiedad agrícola y las grandes haciendas colectivas". En ese artículo recuerda algunas ideas de James Guillaume, expuestas en 1876 en el opúsculo escrito a pedido de Caffiolo para Italia: "Ideas sobre la organización social". Guillaume sostenía la conservación de la "pequeña propiedad" en aquellas regiones de pequeños propietarios, donde el trabajo agrícola se realiza sin explotar el trabajo ajeno a los miembros de la familia. Después, claro está, la experiencia les llevaría a buscar medios de asociación y de trabajo colectivo que les harían evolucionar hacia formas económicas mejores. Aun convencido de la superioridad del cultivo colectivo, Guillaume comprendió que la pequeña propiedad, donde existe, no será abandonada voluntariamente más que después de un período de experiencias revolucionarias. Creemos que la gran mayoría de los militantes anarquistas ha de ser de esta opinión. Con ese reconocimiento se suprime una de las grandes barreras que nos ha separado de la población agraria.

Es útil también, para el aporte de elementos de juicio, la transcripción de esta resolución aprobada en marzo de 1921 por el consejo general de la Unión Sindical Italiana. Dice así: "La Unión Sindical Italiana, frente al problema agrario;

"reafirmando el principio fundamental de la expropiación capitalista y de la puesta en común de la tierra, confiando su administración a los sindicatos de los trabajadores agrícolas;

"considera conforme a criterios de oportunidad y de utilidad, el dejar fuera de decisión el asunto de la posesión de la tierra, temporal o durante toda la vida, por los pequeños propietarios, patrones y obreros a un tiempo, que no ejercen ninguna forma de explotación sobre el trabajo ajeno;

"pero considera necesario que se combine con la posesión familiar de las tierras una forma de organización sindical o cooperativa de los campesinos, a fin de hacer posible la introducción de máquinas agrícolas y de todos los otros medios técnicos, e intercambiar los productos, con el propósito de inclinar la categoría de los pequeños agricultores

hacia formas sociales de trabajo y de administración de las haciendas que les aseguren a ellos la elevación moral y económica y al mismo tiempo una mayor utilidad a la colectividad humana".

Transcribimos esa resolución, como hemos dicho, a título de información. Queremos proporcionar a nuestros camaradas todos los elementos posibles de juicio a fin de permitirles formarse una opinión propia.

Hasta aquí lo más importante consiste en sostener la discusión y estimular la preocupación de los anarquistas en torno a la necesidad de tener un punto de apoyo entre los campesinos. De lo contrario, la obra que realizamos en las ciudades nos llevará "demasiado" lentamente a la revolución social a que aspiramos.

LA PROTESTA, Suplemento semanal.

Precio del ejemplar, 10 centavos. — Diario y Suplemento, suscripción mensual, \$ 2.50.

Valores y giros a nombre de M. Torrente. Perú 1537, Buenos Aires.

Sumario de este número

REDACCION:

Cuestiones Agrarias

FELICE VEZZANI

El Congreso de Génova de 1892

A. KARELIN

¿Qué es la anarquía?

MIGUEL BAKUNIN

Programa de la Sociedad de la revolución internacional

EMMA GOLDMAN

La tragedia de la emancipación de la mujer.

Encuesta del grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, Ohio. Respuesta de Miguel Jiménez

D. A. DE SANTILLAN

La jornada de seis horas

LUIS BONAFUOX

Los diputados

La muerte del "Angelito"



Le sacaron dinero prometiéndole una fiesta y ahora tendrá que pagar el entierro

FELICE VEZZANI

Reminiscencias históricas El congreso de Génova de 1892

De las dispersas filas de la Primera Internacional quedaron en Italia, como en otras partes, adeptos que trataron de mantener viva la llama que animó aquella asociación y alimentaban la esperanza de reconstruir una organización capaz de impulsar al proletariado a la conquista del derecho a la vida y a la libertad.

Creyeron ser intérpretes de ese sentimiento los socialistas que convocaron un congreso en Milán en el verano de 1891. El congreso, según el prólogo que se celebraría en Génova el año siguiente, y del cual debía salir la constitución del Partido socialista italiano.

Como se sabe, se habían formado en el seno de la Internacional dos corrientes, que estaban en contraste sobre los métodos y sobre los fines de aquella asociación, contraste que subsistía entre los adeptos: autoritarios y antiautoritarios, respondiendo los primeros a Carlos Marx y los segundos a Miguel Bakunin.

Dado ese contraste los organizadores del congreso de Milán trataron de pilotearlo, no atreviéndose aún a afrontar un debate cuyos resultados podían perjudicar sus fines. Por consiguiente, el programa-estatuto aprobado en aquel congreso no imponía a los adeptos la participación en las luchas electorales, ni fijaba el principio de la conquista de los poderes públicos.

Cada asociación y grupo adherentes eran libres de adoptar los medios de lucha que correspondían a sus tendencias; a consentir esa concepción contribuyó Pietro Gori, que luchó con fervor contra la tendencia social-reformista. Cómo logró triunfar después esta tendencia al año siguiente en Génova, eso es lo que me propongo exponer.

Poco antes de que se celebrase el congreso de Génova fijado para el 14 de agosto de 1892, el comité de organización con sede en Milán difundió una circular que ponía por condición para la participación en el congreso la adhesión a las luchas electorales para la conquista de los poderes públicos.

Con una desenvoltura de prestidigitador, el comité anulaba las deliberaciones del congreso de Milán; pero este subterfugio no desalentó a los adversarios de tal método de lucha; al contrario, les incitó a prepararse mejor para afrontar el debate que se anunciaba. Los organizadores del congreso se dieron cuenta del error cometido y queriendo evitar el choque entre dos concepciones, cuyo resultado tenían razón para temer, encontraron otros expedientes.

Fue con este propósito que en la noche del 13 de agosto todos los personajes del socialismo reformista se reunieron en una sala de un barrio apartado para concertarse. El azar quiso que yo, hallándome con otros socialistas, fuese admitido a aquel concilio privado.

Representaba la Sociedad Operaria de Bolonia y la Sociedad de panaderos: como yo, había también dos representantes de la Sociedad de albañiles de Bolonia.

Cuando entré en la sala de la reunión, me encontraba como un siete, entre los convencidos había comenzado ya la discusión, o por decir mejor la serie de diatribas contra los anarquistas a quienes había que impedir que entrasen a ningún precio en el recinto del congreso. Entre los más encarnizados se distinguía un toscano, Danielli, que proponía apalear a los anarquistas y acuchillarlos si se resistían o, si se daba el caso, llamar también a los carabinieri.

Al oír aquellos propósitos y al constatar que ninguno de los presentes protestaba, yo que era entonces un pobre e ingenio socialista, experimenté una fuerte opresión en el corazón y la vergüenza de pertenecer a aquella compañía.

Había pedido la palabra varias veces; pero no se me había concedido, tal vez porque se leía en mi rostro el desdén que experimentaba. Finalmente se me constituyó hablar y entonces estallé en una convulsiva y violenta protesta. Até-

qué al comité por la violación de las resoluciones de Milán y me descargué contra los oradores que había escuchado, a quienes llamé zaristas.

Mis palabras suscitaron un coro de protestas, de comezónes, de insultos, y fué Croce el que las resumió en un discurso condimentado por la ironía y el desprecio. Le siguió Ana Kuliscioff, que me dió una buena lección de táctica socialista-reformista y terminó diciéndose persuadida de que la noche me traería consejo, cambiando mis sentimientos.

Repetí que no era a mí a quien la noche debía traer consejos, sino a ellos, que complotaban y que de cualquier modo yo estaría mañana por la mañana, temprano, en el congreso y tomaría mis disposiciones. Después salí de la sala junto con mis dos compañeros, los albañiles.

Supe después que la reunión había continuado hasta media noche y comprendí, al día siguiente, que los congresados habían cambiado de táctica.

Se inauguró, pues, la mañana del 14 de agosto el congreso en la sala Sivori, donde todos los representantes, provistos de cartas de delegación, pudieron entrar. La primera sesión transcurrió entre la verificación de las credenciales y el nombramiento del presidente, para lo cual no faltaron pequeñas contiendas. Resultaron nombrados Costa, Maffi, Bosco, Chiassi y Pellaco.

Fue por la tarde cuando se inició la discusión. Pero Pellaco, haciendo notar que no pocas organizaciones representadas habían recibido el estatuto propuesto en retardo y que no habían tenido tiempo para examinarlo, propuso postergar para el día siguiente la discusión, a fin de que todos pudieran tomar parte en el congreso con conocimiento de causa. Puesta a votación la propuesta se aprobó por división.

Pero las dos partes se presentaban tan equilibradas en número que Cabrini se aprovechó de ello para reconsiderar el resultado y pidió la votación nominal. El huracán, hasta entonces latente, estalló formidable: gritos, protestas, invectivas de ambas partes.

Fue Maffi el que calmó los espíritus y propuso borrar de los estatutos la parte que se refería a las luchas políticas y administrativas, lo cual se discutiría en las sesiones siguientes, y que se comenzara de inmediato la discusión de otros puntos.

Galleani se opuso porque quería que la discusión procediese con orden y con sinceridad. Turati pronunció un discurso que se notaba preparado de antemano, y habiendo lanzado fuera de lugar una acusación a Galleani, Gori con un ¡no! seco le cortó la peroración.

Seguio Prampolini, que pronunció un discurso patético sobre la necesidad de separarse los socialistas autoritarios de los antiautoritarios y marchar cada fracción por la propia vía, salvo encontrarse un buen día unidos para la lucha suprema.

Pero los conjuros de Prampolini no tuvieron fortuna. El propósito de los anarquistas era poner frente a frente las dos doctrinas.

Después de un segundo y más violento tumulto la sesión fué suspendida y el congreso fué postergado hasta el día siguiente.

Y heos aquí la mañana del 15 de agosto en la sala Sivori. Pero faltaban los socialistas reformistas. ¿Qué hacer? Se resolvió continuar el congreso en la sala Sivori, tanto más cuanto que allí había sido convocado.

Habiéndose sabido que los demás se habían refugiado en el local de la sociedad de los carabineros genoveses, en la calle de la Paz, fueron enviados los compañeros Barabino y Giovanni Bianchi para pedir la entrega de la carpeta que contenía las adhesiones, la constitución del partido socialista italiano, que más tarde no supo y no pudo hacer frente a los acontecimientos. Era natural que acabase como acabó, dada la mentalidad de los jefes que lo fundaron, mentalidad que se demostró tan baja en la reunión preparatoria a que he aludido y que, según mi opinión, constituye el punto de partida del partido socialista italiano.

A. KARELIN

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

Las palabras "comunismo anárquico" son equivalentes a "igualdad y ausencia de autoridad". La palabra "comunismo" significa un orden social en el que no existirá la propiedad privada, y los bienes materiales serán disfrutados por todos.

Las palabras "anarquista comunista" son traducibles por las de "miembro de comuna libre". La anarquía de ningún modo significa el desorden y mucho menos el abuso y la violencia de un hombre sobre otro hombre, a pesar de que la palabra "anarquía" se emplea con frecuencia para significar el "desorden". Este grosero error se comete unas veces inconscientemente y otras con intención; los hombres están tan acostumbrados a vivir bajo la férula del gobierno, que creen sinceramente que en una sociedad que no tenga gobierno el desorden y el caos serán inevitables. Aun no hace mucho, los hombres, acostumbrados a vivir bajo la autoridad de un rey o de un emperador, cuando querían significar el "desorden" decían: "República".

Algunos escritores burgueses y socialistas, con el propósito deliberado de perjudicar al anarquismo, designan con el nombre de anarquía los desórdenes de la fenecida sociedad feudal y de la sociedad capitalista actual, basadas ambas en la autoridad. Al expresarse así, caen en una burda mentira: antes puede ser llamado tropical el clima de la Siberia Occidental, que adaptarse el nombre de anarquía al desorden de éstas sociedades.

Pero no todos los escritores burgueses y socialistas son tan inescrupulosos. El "apóstol del socialismo", César de Paepé, escribía: "a la anarquía hemos de llegar, arrastrados por la fuerza del principio democrático, por la lógica y el fatalismo de la historia". "Anarquía, sueño de todos los enamorados de la libertad real, ideal de todos los revolucionarios sinceros. Durante mucho tiempo los hombres te calumniaban y te escarnecían indignamente. En su ceguera te confundían con el desorden y el caos, siendo, por el contrario, el gobierno — tu enemigo irreconciliable — el resultado del desorden social."

Quiere de la sala Sivori, aunque no fue más que por el primer día. Pero los dos delegados que fueron al local de la calle de la Paz, en lugar de ser recibidos por los socialistas lo fueron por los carabineros reales.

Costa y Carlo Monticelli, que habían ido el 15 a la sala Sivori, tuvieron palabras severas para sus correligionarios y estuvieron de acuerdo con nosotros al afirmar que el congreso, convocado en la sala mencionada, hacía bien en continuar allí. Peor, dijeron, para los que han desertado del campo.

Por consiguiente el congreso continuó abordando la discusión sobre la orientación de la organización que se deseaba fundar y que tomó el nombre de "partido de los trabajadores", que después no se le dió.

Fueron sus padrinos Gori y Casati, los cuales, cediendo a la invitación de los congresales — menos Galleani y los pocos que le seguían — aun teniendo concepciones diversas, se convinieron en un programa común por amor a la causa y esperando abstraer el proletariado italiano a la influencia reformista, atrayéndole a una organización que descartaba la táctica electoral y todo el bagaje que en ella se contenía.

Por su parte los socialistas marxistas proclamaron, desde la sede de los "carabineros genoveses", la constitución del partido socialista italiano, que más tarde no supo y no pudo hacer frente a los acontecimientos. Era natural que acabase como acabó, dada la mentalidad de los jefes que lo fundaron, mentalidad que se demostró tan baja en la reunión preparatoria a que he aludido y que, según mi opinión, constituye el punto de partida del partido socialista italiano.

del caos económico. Tu eres el orden y la armonía, el equilibrio y la justicia. Los profetas te habían entrevisto ya bajo el manto que oculta al porvenir; te llamaban ideal de la democracia, esperanza de la libertad, objeto supremo de la revolución, soberana de los tiempos futuros, tierra prometida de la humanidad regenerada. Y cuantos pensadores de nuestro siglo presintieron tu advenimiento y bajaron a la tumba augurándote, como habías augurado al Redentor los patriarcas moribundos: "¡Qué venga tu reino!". Así hablaba el "apóstol del socialismo".

A la burguesía no le conviene una sociedad sin gobierno y donde todos sean iguales, porque ella no tendría cabida en una sociedad semejante. No les conviene a los intelectuales ricos, aunque ellos sean socialistas, desde que en una sociedad como ésta se verían privados de sus grandes ganancias y de la posibilidad de gobernar.

Las teorías que no convienen a los ricos y a los gobernantes han sido y son siempre calumniadas. Fueron calumniados los primeros cristianos, hombres mucho más morales que los paganos, en general, y que las altas clases de la sociedad pagana, en particular. Los calumniaban, llamándolos enemigos de la sociedad, partidarios del desorden, incendiarios, libertinos, hombres que beben la sangre humana y rinden culto a una cabeza de asno.

El filósofo Celsius (en el siglo II después de J. C.) hablando de los cristianos, decía: "apareció una nueva secta de hombres; data desde no hace mucho. No tienen éstos ni patria ni tradiciones antiguas; declararon la guerra a todas las instituciones civiles y religiosas. Son perseguidos por las leyes, los designan con nombres denigrantes, pero ellos se enorgullecen del desprecio general".

Antes eran calumniados los cristianos, ahora lo son los anarquistas. Sin embargo, basta quitarle de los ojos la venda que a la sociedad actual le puso la burguesía y los partidos políticos ávidos del poder, para que el sol de la verdad brille en todo su esplendor, y los hombres ennegrecidos por la calumnia recobren la vista y comprendan que el desorden y la violencia reman precisamente en los Estados modernos y que el desorden y la violencia serán inevitables en los Estados socialistas.

Se equivocan grandemente los que tildean a los anarquistas de facinerosos y asesinos. No es verdad que el anarquismo sea una teoría que aconseje a unos hombres asaltar a otros y quitarles el dinero; hacer expropiaciones como se dice vulgarmente.

Hubo ciertamente casos, en que los anarquistas hacían expropiaciones, quitaban el dinero, esperando poder mantener con este dinero el movimiento revolucionario. Pero los anarquistas no eran los únicos que hacían "expropiaciones"; también las hacían los socialistas y también las hacían personas que nada tenían que ver con socialistas ni con anarquistas. También ha sucedido más de una vez que simples bandidos se daban el nombre de "anarquistas" y mandaban cartas en las que bajo amenaza de muerte, exigían dinero.

Los anarquistas no tienen comisiones que reciban a los que quieren ingresar en las filas anarquistas, de ahí que el que quiere se hace llamar anarquista. Pero, porque a un degenerado le dé por llamarse anarquista no se convertirá el anarquismo en una teoría tonta o inmoral. En los tiempos del cristianismo primitivo — que entonces era puro — engrosaban sus filas toda clase de hombres, y ahora mismo son muchos los negros y los criminales que se denominan cristianos.

Los luchadores por la humanidad desheredada notaron hace tiempo, que los hombres sin escrúpulos se pegan a los

revolucionarios cuando estos van vendiendo. Bakunin, indicando este hecho, decía: "nada que los deshonestos olfateen donde pueden medrar y donde pueden sacar ventajas; se inmiscuyen en la obra revolucionaria, siempre que puedan explotarla para fines propios. Y a continuación agregaba: que hay que adoptar medidas para que los inescrupulosos no comprometan en la opinión pública la idea y la obra revolucionaria."

La anarquía es una sociedad, en la que no hay gobernantes, no hay poder coercitivo, no hay hombres que impongan su voluntad a otros hombres, no existen las torturas a los que los gobernantes someten a sus súbditos por no acatar éstos las órdenes de aquéllos.

Gracias a la ausencia del poder coercitivo es la anarquía el orden más completo, la paz total, la justicia, la unión, la amistad, la ayuda mutua, la compasión, hasta el auto-sacrificio en sus manifestaciones más sublimes.

MIGUEL BAKUNIN Programa de la Sociedad de la revolución internacional Fragmento inédito de Miguel Bakunin

(Continuación)

VIII. — El hombre natural no llega a ser hombre libre, no se humaniza y no se moraliza, no reconoce, en una palabra, y no realiza en sí mismo y para sí mismo su propio carácter humano y su derecho más que a medida que reconoce ese mismo carácter y ese derecho en todos sus semejantes. En el interés de su libertad personal, el hombre debe, pues, querer la libertad, la moralidad y la humanidad de todos.

IX. — Respetar la libertad de otro es, pues, el deber supremo de todo hombre. Amara y servirle; he ahí la única virtud. Es la base de toda moral; no existe otra.

X. — Siendo la libertad el producto y la más alta expresión de la solidaridad — es decir, de la mutualidad — no es completamente realizable más que en la igualdad. La igualdad política no puede fundarse más que sobre la igualdad económica y social. La realización de la libertad por esa igualdad, he ahí la justicia.

XI. — Siendo el trabajo el único productor de todos los valores, utilidades o riquezas sociales, el hombre que es por excelencia un ser social, no podría vivir sin el trabajo.

XII. — Únicamente el trabajo asociado puede bastar a la existencia de una sociedad numerosa y un poco civilizada. Todo lo que se llama civilización no ha podido ser creado más que por el trabajo asociado. Todo el secreto de la productividad infinita del humano trabajo consiste primero en la aplicación de la inteligencia más o menos científica, desarrollada, y que es también el producto de un trabajo ulterior y contemporáneamente asociado, y luego en la división del trabajo, pero al mismo tiempo en una cierta combinación o asociación del trabajo así dividido.

XIII. — Todas las injusticias históricas, todas las guerras, todos los privilegios políticos y sociales tienen por base y por objeto principal el sometimiento y la explotación de un trabajo asociado cualquiera, en provecho de las mas fuertes: naciones conquistadoras, clases e individuos. Tal ha sido la causa histórica verdadera de la esclavitud, de la servidumbre, del salariado, y para resumirlo todo en una palabra del llamado derecho de la propiedad individual y hereditaria.

XIV. — Desde el momento que el derecho de la propiedad fué aceptado y fundado, la sociedad ha debido repartirse en dos partes: la minoría, propietaria

La anarquía rechaza y tiene por perniciosa y humillante la autoridad impositiva del Estado con sus torturas, sus cárceles horribles, con sus penas de muerte y otros escarpinos y maldades que peores no las inventaría un concilio de diablos.

Rechazando la autoridad coercitiva niega la anarquía el "derecho" que se tomaron los Estados de oprimir pueblos extraños a la nación de que es originario el Estado opresor. La anarquía niega la autoridad coercitiva en la familia, el "derecho" del marido a tratar a la mujer como esclava o sierva haciéndole la vida insuportable. La anarquía niega la autoridad de los padres que consideran a los hijos como propiedad suya, que los corrompen y los martirizan. La anarquía niega el poder abusivo de los patronos — capitalistas y terratenientes — que les permite someter a sus caprichos por la amenaza del hambre y por el hambre misma a hombres que necesitan del trabajo.

Y privilegiada, explotadora del trabajo asociado y forzado de las masas, por una parte, y por la otra los millones de proletarios, sometidos con el nombre de esclavos o de siervos, o de asalariados. Unos encontraron por el ocio, fundado en la satisfacción de las necesidades y en el confort material, asegurados todos los beneficios de la civilización, de la educación y de la instrucción. Los otros — es decir: las masas, los millones — se encontraron condenados a un trabajo forzado, sin descanso, a la ignorancia y a una miseria sin salida.

XVI. — La civilización del pequeño número se encuentra fundada así en la barbarie forzada del gran número. Los privilegios de todo color político y social, todos los representantes de la propiedad son, pues, por la fuerza misma de su posición, enemigos naturales, explotadores y opresores de las grandes masas populares.

XVII. — El ocio — ese precioso privilegio de las clases dominantes — siendo necesario al desarrollo de la inteligencia y siendo igualmente indispensable al de los caracteres una cierta comodidad, así como una cierta libertad de movimiento y de acción.

Es perfectamente natural que estas clases se hayan mostrado al principio más civilizadas, más inteligentes, más humanas y hasta un cierto punto incluso más morales que las masas. Pero como, por otra parte, la inactividad, así como el privilegio, ablandan los cuerpos, desecan los corazones y falsean los espíritus, haciéndolos amar y seguir la mentira y la injusticia, absolutamente compatibles con su interés exclusivo, pero por eso mismo contrarias al interés de todo el mundo, es evidente que las clases privilegiadas han tenido que caer, tarde o temprano, en la corrupción, en la imbecilidad y en la servilidad. Es, en efecto, lo que vemos hoy.

XVIII. — Por otra parte, la ausencia de ocio y el trabajo forzado han condenado necesariamente a las masas a la barbarie. El trabajo mismo no puede desarrollar su inteligencia, porque dada su ignorancia forzosa hereditaria, toda la parte inteligente del trabajo — las aplicaciones de la ciencia, la combinación y la dirección de las fuerzas productivas estuvieron o se encuentran aun casi exclusivamente reservadas a los individuos de la clase burguesa; sólo la parte muscular, iminteligente, mecánica, vuelta aun más entorpecedora por la división del trabajo, fué abandonada al pueblo, — que se encuentra así abrumado, en el pleno sentido de la palabra, por su trabajo cotidiano.

Y bien, a pesar de todo eso, gracias a la potencia de la moralización que es inherente al trabajo, gracias aun a ese hecho que al pedir justicia, libertad e igualdad para él mismo, el trabajador implícitamente la pide para todo el mundo, porque no existe ser humano que sea más indignamente tratado que él — si exceptuamos quizás a la mujer y al niño; — gracias en fin a que él no ha usado y abusado de la vida y que por consiguiente no está hastiado de ella, y a falta de instrucción tiene al menos la inmensa ventaja que su corazón y su espíritu vírgenes no han sido corrompidos ni falseados por intereses egoístas y por la mentira interesada; — que ha conservado intacta toda la energía natural de su carácter — mientras que todas las clases privilegiadas se postran, se debilitan y se pudren, sólo el obrero cree en la vida, — sólo él representa, ama y quiere hoy la verdad, la libertad, la igualdad, la justicia; — a él sólo le pertenece el porvenir.

NUESTRO PROGRAMA SOCIALISTA.—

XVIII.—Exige y debe exigir: 1.º la igualdad política, económica y social de todas las clases y de todos los individuos humanos en la tierra.

2.º La abolición de la propiedad hereditaria.

3.º La apropiación de la tierra, por las asociaciones agrícolas; del capital y de todos los instrumentos del trabajo — por las asociaciones industriales.

4.º La abolición del derecho patriarcal, del derecho de la familia — es decir, del despotismo del marido y del padre, fundados únicamente en el derecho de la propiedad hereditaria. Y la igualdad de los derechos políticos, económicos y sociales de la mujer con los del hombre.

5.º El mantenimiento, — la educación y la instrucción tanto científica como industrial, incluso todas las ramas de la enseñanza superior, iguales para todos los niños de ambos sexos, y obligatorias hasta la edad de la mayoría querida, — a expensas de la sociedad.

La escuela debe reemplazar a la iglesia y hacer inútiles los códigos criminales, los castigos, la prisión, el verdugo y el gendarme.

Los niños no son propiedad de nadie, ni de sus padres ni siquiera de la sociedad; pertenecen a su libertad por venir. Pero esa libertad en los niños no es todavía real, — no está más que en potencia — la libertad real, es decir la plena conciencia y la práctica de la libertad en cada uno, basada principalmente en el sentimiento de la dignidad personal y en el respeto serio de la libertad y de la dignidad de otro, es decir, en la justicia, — esa libertad no se puede realizar en los niños más que por el desarrollo racional de su inteligencia, y por tanto de su carácter, de su inteligente voluntad. Resulta de ahí que la sociedad, cuyo porvenir entero depende de la educación y de la instrucción de los niños y que por consiguiente no sólo tiene derecho, sino también el deber de vigilarlos — es el tutor natural de todos los niños de ambos sexos, y como en lo sucesivo será el único heredero, pues el derecho de herencia individual debe ser abolido — considerará naturalmente como uno de sus primeros deberes el proporcionar todos los gastos de mantenimiento, educación e instrucción, indistintamente para todos los niños de ambos sexos, haciendo abstracción de sus padres y de su origen.

El derecho de los padres deberá limitarse a amar a sus hijos y a ejercer sobre ellos una autoridad natural, en tanto que esa autoridad no sea contraria a su moralidad, a su inteligencia y a su libertad por venir. El matrimonio político y civil y toda intervención de la sociedad en los asuntos de amor deben (Ms. devant) desaparecer. Los niños

perterecerán naturalmente, no de derecho, sobre todo a la madre, bajo la vigilancia inteligente de la sociedad.

Siendo incapaces los niños, en su tierna edad, sobre todo, de razonar y de dirigir la conducta, el principio de tutela y de autoridad, que debe ser absolutamente excluido de la sociedad, halla su puesto natural en su educación y en su instrucción. Sólo que esa debe ser una autoridad verdaderamente humana e inteligente y absolutamente extraña a toda reminiscencia teológica, metafísica, jurídica, y partiendo de ese principio que ningún ser humano es bueno ni malo en su nacimiento, y que el bien — es decir el amor a la libertad, la conciencia de la justicia y de la mutualidad, el culto o más bien el respeto y el hábito de la verdad, de la razón y del trabajo. No podría desarrollarse en cada uno más que por una educación y por una instrucción racionales, fundadas en el respeto manifiesto y sensible, práctico y teórico a la vez de esa razón, de esa justicia y de esa libertad — esa autoridad, digo, debe tener por fin único la preparación de todos los niños para la más completa libertad. No podrá llegar a ese fin más que anulándose ella misma gradualmente, dejando el puesto a la libertad de los niños a medida que se aproximan más a la edad de la mayoría.

La instrucción deberá abarcar todas las ramas de la ciencia, de la tecnología y de la industria humana. Debe ser al mismo tiempo científica y profesional, general, obligatoriamente para todos los niños, y especial, según las disposiciones y los gustos de cada uno; es fin de que cada joven y cada muchacha salidos de las escuelas y reconocidos mayores de edad y libres — sean igualmente aptos para trabajar con el cerebro y con las manos.

Una vez emancipados serán absolutamente libres de asociarse para el trabajo o de no asociarse. Todos querrán necesariamente asociarse porque desde el momento que el derecho de herencia sea abolido, y que la tierra, lo mismo que los capitales se hayan convertido en la propiedad de la federación internacional o más bien universal de las asociaciones obreras libres, no habrá ya puesto ni posibilidad de concurrencia, es decir, de existencia para el trabajo ajeno.

Nadie podrá ya explotar el trabajo ajeno — cada cual deberá trabajar para vivir. Cada uno será libre de morir de hambre no trabajando, al menos que encuentre una asociación o una comuna que consienta en alimentarlo por su propiedad. Pero entonces probablemente hallará justo no reconocerle ningún derecho político mientras, capaz de trabajar, prefiera la vergüenza de vivir del trabajo ajeno, pues todos los derechos políticos y sociales no deben tener otra base que el trabajo de cada uno. Por otra parte, ese caso no podrá ocurrir más que durante la época de transición, entonces habrá aun, desgraciadamente, muchos individuos salidos de la organización actual de la injusticia y del privilegio, y que no habrán sido educados en la conciencia de la justicia y de la verdadera dignidad humana, así como en el respeto y en el hábito del trabajo. Ante estos individuos, la sociedad revolucionaria se verá en la embarazosa alternativa o bien de forzarles al trabajo, lo que sería despotismo — o bien de dejarse explotar por los haraganes, lo que sería una nueva esclavitud y una fuente de corrupción nueva para toda la sociedad.

La haraganería, en una sociedad organizada según la igualdad y la justicia — bases de toda libertad, — con un sistema racional de educación y de instrucción, y bajo la presión de una opinión pública que, teniendo el trabajo por principal fundamento, despreciará a los píluelos, se volverá imposible. Al convertirse en una excepción muy rara, será considerada con razón

como una enfermedad y será tratada como tal en los hospitales.

Sólo los niños — hasta que hayan llegado a un cierto grado de fuerza, y más tarde, tanto como sea necesario para darles tiempo para instruirse y para no ser sobrecargados de trabajo, — los inválidos, los ancianos, los enfermos, podrán eximirse del trabajo sin deshonra y sin renunciar por eso a sus derechos de ciudadanos libres.

XIX.—Los obreros, en el interés mismo de su emancipación económica, radical y completa, deberán exigir la abolición entera y definitiva del Estado con todas las instituciones del Estado.

Nota 1.—¿Qué es el Estado? Es la organización histórica de los principios de la autoridad y de la tutela, divinos y humanos, ejercidos sobre las masas populares sea en nombre de una religión cualquiera, sea en nombre de la inteligencia exclusiva y privilegiada de uno o de varias clases de propietarios y en detrimento de los millones de trabajadores de quienes explotan el trabajo subyugado y forzado. La conquista, base primera del derecho de propiedad individualmente hereditaria, ha sido por eso mismo la base de todos los Estados.—La explotación legalizada del trabajo de las masas en provecho (de una) cierta cantidad de propietarios, — mayor parte de los cuales ficticios, — sólo un pequeño número reales — saciada por la iglesia en nombre de una divinidad supuesta y a quien se ha hecho tomar siempre el partido de los más fuertes y de los más hábiles — se llama *derecho*. — El desarrollo de la riqueza, del confort, del lujo y de la inteligencia refinada y falseada de las clases privilegiadas — desarrollo que tiene por base necesaria la miseria y la ignorancia de la inmensa mayoría de las poblaciones — se llama *civilización* — y la organización, la garantía de todo ese conjunto de iniquidades históricas — se llama *Estado*.

Por tanto los obreros deben querer la destrucción del Estado.

Nota 2. — El Estado, necesariamente fundado sobre la explotación y el sometimiento de las masas y como tal, opresor y violador de toda libertad popular, y de toda justicia en el interior, es forzadamente brutal, conquistador, ladrón y carnicero en el exterior. — El Estado, todo Estado — monarquía o república — es la negación de la humanidad. Es su negación porque, planteándose como fin supremo o absoluto en el *patriotismo de los ciudadanos* — al poner, conforme a su principio mismo, el interés de su conservación, de su potencia y del aumento de esa potencia en el interior, lo mismo que de su extensión en el exterior, por sobre todos los otros intereses particulares y el derecho de sus *subditos* como los de las naciones extranjeras; rompe por eso mismo la solidaridad universal de las naciones y de los hombres, los pone fuera de la justicia, fuera de la humanidad.

Nota 3. — El Estado es el hermano menor de la Iglesia. No sabría legitimar su existencia más que por una idea teológica o metafísica cualquiera. Siendo contrario a la justicia humana, debe fundarse sobre la ficción teológica o metafísica de una justicia divina. — En el mundo antiguo, la idea misma de una nación o de la sociedad había sido absorbida por completo, invadida y dominada por el Estado — y cada Estado tomaba su origen y su derecho particular de existencia y de dominación, de un dios o de un sistema de dioses cualquiera, de quienes se suponía que eran los protectores exclusivos de tal o cual Estado. En el mundo antiguo (Ms: desconocido) el hombre era desconocido, — la idea misma de la humanidad no existía. No había más que ciudadanos. Es por eso que en esa civilización la esclavitud era un hecho natural y la base necesaria de la libertad de los ciudadanos.

Habiendo destruido el cristianismo el politeísmo, y habiendo proclamado un dios único, los Estados tuvieron que contentarse con los santos del paraíso cristiano; — todo Estado católico tuvo un santo o un cierto número de santos — protectores y patronos de ese Estado — sus mediadores ante dios, que a causa de eso mismo ha debido encontrarse

a menudo en gran aprieto. Cada Estado, además, encuentra útil proclamar hoy que el buen dios le protege de una manera exclusiva y especial.

La metafísica y la ciencia de un derecho fundado idealmente sobre la metafísica, y realmente sobre los intereses de las clases propietarias, — han tratado igualmente de hallar una base razonable para la existencia de los Estados. — Han recurrido a la ficción de un consentimiento o de un contrato universales y tácitos; o bien a la de una justicia objetiva y del bien universal y público representado, dicen, por el Estado.— El Estado, según los demócratas jacobinos, tiene por misión hacer triunfar el interés universal y colectivo de todos los ciudadanos sobre los intereses egoístas de los individuos, de las comunas y de las provincias aisladas. — Es la justicia y la razón de todo el mundo dominando sobre el egoísmo y sobre la tontería de cada uno. — Es, pues, la declaración de la maldad y de la sinrazón de cada uno en nombre de la sabi-

duría y de la virtud de todos. — Es la negación real, o lo que quiere decir lo mismo, la limitación al infinito de todas las libertades particulares — individuales y colectivas — en nombre de la llamada libertad de todo el mundo — libertad colectiva y universal que no es más que una opresiva abstracción, deducida de la negación o limitación del derecho de cada uno y fundada en la esclavitud real de cada uno. — Y como toda abstracción, no podría existir más que en tanto que es sostenida por el interés positivo de un ser real — la *abstracción del Estado* representa en efecto el interés muy positivo de las clases gobernantes, poseedoras, explotadoras y llamadas así inteligentes, y la llamada abstracción sistemática de los intereses y de la libertad de las masas subyugadas.

Nota 4. — El patriotismo — virtud o pasión política o de Estado,...

(El manuscrito quedó inacabado)

(Concluirá)

EMMA GOLDMAN
La tragedia de la emancipación de la mujer

Comenzaré admitiendo lo siguiente: sin tener en cuenta las teorías políticas y económicas que tratan de las diferencias fundamentales entre las varias agrupaciones humanas; sin miramiento alguno para las distinciones de raza o de clase, sin parar mientes en la artificial línea divisoria entre los derechos del hombre y de la mujer, sostengo que puede haber un punto en cuya diferenciación misma se ha de coincidir, encontrarse y unirse en perfecto acuerdo.

Con esto no quiero proponer un pacto de paz. El general antagonismo social que se posesionó de la vida contemporánea, originado, por fuerzas de opuestos y contradictorios intereses, ha de derrumbarse cuando la reorganización de la vida societaria, al basarse sobre principios económicos justicieros, sea un hecho y una realidad.

La paz y la armonía entre ambos sexos y entre los individuos, no ha de depender necesariamente de la igualdad superficial de los seres, ni tampoco traerá la eliminación de los rasgos y de las peculiaridades de cada individuo. El problema planteado actualmente, pudiendo ser resuelto en un futuro cercano, consiste en precisarse de ser uno mismo, dentro de la comunión de la masa de otros seres y de sentir hondamente esa unión con los demás, sin avenirse por ello a perder las características más salientes de sí mismo. Esto me parece a mí que deberá ser la base en que descansa la masa y el individuo, el verdadero demócrata y el verdadero individualista, o donde el hombre y la mujer han de poderse encontrar sin antagonismo alguno. El lema no será: perdonaos unos a otros, sino: comprendednos unos a otros. La sentencia de Mme. Staël citada frecuentemente: "Comprenderlo todo es perdonarlo todo", nunca me fué simpática; huele un poco a sacristía; la idea de perdonar a otro ser demuestra una superioridad farisaica.

Comprenderse mutuamente es para mí suficiente. Admitida en parte esta premisa, ella presenta el aspecto fundamental de mi punto de vista acerca de la emancipación de la mujer y de la entera repercusión en todas las de su sexo.

Su completa emancipación hará de ella un ser humano, en el verdadero sentido. Todas sus fibras más íntimas ansían llegar a la máxima expresión del juego interno de todo su ser, y barrido todo artificial convencionalismo, tendiendo a la más completa libertad, ella irá luego borrando los rezagos de centenares de años de sumisión y de esclavitud.

Este fué el motivo principal y el que originó y guió el movimiento de la emancipación de la mujer. Más los resultados hasta ahora obtenidos, la aislaron despojándola de la fuente primaveril de los sentidos y cuya dicha es esencial para ella. La tendencia emancipadora, afectándole sólo en su parte externa, la convirtió en una criatura artificial, que tiene mucho parecido con los productos de la jardinería francesa con sus geroglíficos

y geometrías en forma de pirámide, los conos, de redondeles, cubos, etc.; cualquier cosa, menos esas formas sumergidas por cualidades interiores. En la llamada vida intelectual, son numerosas esas plantas artificiales en el sexo femenino.

¡Libertad e igualdad para las mujeres! Cuantas esperanzas y cuantas ilusiones despertaron en el seno de ellas, cuando por primera vez estas palabras fueron lanzadas por los más valerosos y nobles espíritus de estos tiempos. Unsol, en todo el esplendor de su gloria emergió para iluminar un nuevo mundo; ese mundo, donde las mujeres se hallaban libres para dirigir sus propios destinos; un ideal que fué merecedor por cierto de mucho entusiasmo, de valor y perseverancia, y de incansables esfuerzos por parte de un ejército de mujeres, que combatieron todo lo posible contra la ignorancia y los prejuicios.

Mi esperanza también iba hacia esa finalidad, pero oíno que la emancipación como es interpretada y aplicada actualmente, fracasó en su cometido fundamental. Ahora la mujer se vé en la necesidad de emanciparse del movimiento emancipacionista si desea hallarse verdaderamente libre. Puede esto parecer paradójico, sin embargo es la pura verdad.

¿Qué consiguió ella, al ser emancipada? Libertad de sufragio, de votar. ¿Logró depurar nuestra vida política, como algunas de sus más ardientes defensores predican? No, por cierto. De paso hay que advertir, ya llegó la hora de que la gente sensata no hable más de corruptelas políticas en tono campanudo. La corrupción en la política nada tiene que ver con la moral o las morales, ya pro venga de las mismas personalidades políticas.

Sus causas proceden de un punto solo. La política es el reflejo del mundo industrial, cuya máxima es: *bendito sea el que más toma y menos da; compra lo más barato y vende lo más caro posible, a macha en una mano, lava la otra*. No hay esperanza alguna de que la mujer aun con la libertad de votar, purifique la política.

El movimiento de emancipación trajo la nivelación económica entre la mujer y el hombre; pero como su educación física en el pasado y en el presente no le suministró la necesaria fuerza para competir con el hombre, a menudo se ve obligada a un desgaste de energías enorme, a poner en máxima tensión su vitalidad, sus nerviosos fin de ser evaluada en el mercado de la mano de obra. Raras son las que tienen éxito, ya que las mujeres profesoras, médicas, abogadas, arquitectos e ingenieros, no merecen la misma confianza que sus colegas los hombres, y tampoco la remuneración para ellas es paritaria. Y las que alcanzan a distinguirse en sus profesiones, lo hacen siempre a expensas de la salud de sus organismos. La gran masa de muchachas y mujeres trabajadoras, que independencia habrían ganado al cambiar la estrechez y la falta de liber-



dad del hogar, por la carencia total de libertad de la fábrica, de la confitería, de las tiendas o de las oficinas? Además está el peso con el que cargarán muchas mujeres al tener que cuidar el "hogar doméstico, el dulce hogar", donde solo hallarán frío, desorden, aridez, después de una extenuante jornada de trabajo. ¡Gloriosa independencia esta! No hay pues que asombrarse que centenares de muchachas acepten la primer oferta de matrimonio, enfermas, fatigadas de su independencia, detrás del mostrador, o detrás de la máquina de coser o escribir. Se hallan tan dispuestas a casarse como sus compañeras de la clase media, quienes ansian abstraerse de la tutela paternal.

Esa sedicente independencia, con la cual apenas se gana para vivir, no es muy atrayente, ni es un ideal; al cual no se puede esperar que se le sacrificuen todas las cosas. La tan ponderada independencia no es después de todo más que un lento proceso para embotrar, atrofiar la naturaleza de la mujer en sus instintos amorosos y maternales.

Sin embargo la posición de la muchacha obrera es más natural y humana que la de su hermana de las profesiones liberales, quien al parecer es más afortunada, profesoras, médicas, abogadas ingenieras, las que deberán asumir una apariencia de más dignidad, de decencia en el vestir, mientras que interiormente todo es vacío y muerte.

La mezquindad de la actual concepción de la independencia y de la emancipación de la mujer; el temor de no merecer el amor del hombre que no es de su rango social; el miedo que el amor del esposo le robe su libertad; el horror a ese amor o a la alegría de la maternidad, la inducirá a engolfarse cada vez más en el ejercicio de su profesión, en modo que todo esto convierte a la mujer emancipada en una obligada vestal, ante quien la vida, con sus grandes dolores purificadores y sus profundos regocijos, pasa sin tocarla ni conmovier su alma.

La idea de la emancipación, tal como la comprende la mayoría de sus adherentes y expositores, resulta un objetivo limitadísimo que no permite se expanda ni haga eclosión; esta es: el amor sin trabas, el que contiene la honda emoción de la verdadera mujer, la querida, la madre capaz de concebir en plena libertad.

La tragedia que significa resolver su problema económico y mantenerse por sus propios medios, que hubo de afrontar la mujer libre, no reside en muchas y variadas experiencias, sino en unas cuantas, las que más la afeccionaron. La verdad, ella sobrepasa a su hermana de las generaciones pretéritas, en el agudo conocimiento de la vida y de la naturaleza humana; es por eso que siente con más intensidad la falta de todo lo más esencial en la vida — lo único apropiado para enriquecer el alma humana, — y que sin ello, la mayoría de las mujeres emancipadas se convierten en un automatismo profesional.

Semejante estado de cosas fué previsto por quienes supieron comprender que en los dominios de la ética quedaban aún en pie muchas ruinas de los tiempos, en que la superioridad del hombre fué indisputada — y que esas ruinas eran todavía utilizadas por las numerosas mujeres

emancipadas que no podían hacer a menos de ellas. Es que cada movimiento de límite revolucionario que persigue la destrucción de las instituciones existentes con el fin de reemplazarlas por otra estructura social mejor, logra atraerse innumerables adeptos que en teoría abogan por las ideas más radicales y en la práctica diaria, se conducen como todo el mundo; como los inconscientes y los filisteos (burgueses), fingiendo una exagerada respetabilidad en sus sentimientos e ideas y demostrando el deseo de que sus adversarios se formen la más favorable de las opiniones acerca de ellos. Aquí, por ejemplo, tenemos los socialistas y aun los anarquistas, quienes preguntan que la propiedad es un robo, y asimismo se indignarán contra quien les aude por el valor de media docena de artileros.

La misma clase de filisteísmo se encuentra en el movimiento de emancipación de la mujer. Periodistas amarillos y una literatura floja y color de rosa tratan de pintar a las mujeres emancipadas de un modo como para que se les erizaran los cabellos a los buenos ciudadanos y a sus prosaicas compañeras. De cada miembro perteneciente a las tendencias emancipacionistas, se traza un retrato parecido al de Jorge Sand, respecto a su despreocupación por la moral. Nada era sagrado para la mujer emancipada, según esa gente. No tenía ningún respeto por los lazos ideales de una mujer y un hombre. En una palabra, la emancipación abogaba solo por una vida de atoniamiento, de lujuria y de pecado; sin miramiento por la moral, la sociedad y la religión. Las propagandistas de los derechos de la mujer se pusieron furiosos contra esa falsa versión, y exentos de ironía y humor, emplearon a fondo todas sus energías para probar que no eran tan malas como se les había pintado, sino completamente al reverso. "Naturalmente — decían — hasta tanto la mujer siga siendo esclava del hombre, no podrá ser buena ni pura; pero ahora que al fin se ha libertado demostrará cuan buena será y cómo su influencia deberá ejercer efectos purificadores en todas las instituciones de la sociedad". Ciertamente, el movimiento en defensa de los derechos de la mujer, nació en tierra con más de una vieja traba o prejuicio, pero se olvidó de los nuevos.

El gran movimiento de la verdadera emancipación no se encontró con una gran raza de mujeres, capaces y con el valor de mirar en la cara a la libertad. Su estrecha y puritana visión, destruyó al hombre, como a un elemento perturbador de su vida emocional, y de dudosa moralidad. El hombre no debía ser tolerado, a excepción del padre y del hijo, ya que un niño no vendrá a la vida sin el padre. Afortunadamente, el más rigido puritanismo no será nunca tan fuerte que mate el instinto de la maternidad. Pero la libertad de la mujer, hallándose estrechamente ligada con la del hombre, y las llamadas así hermanas emancipadas pasan por alto el hecho que un niño al nacer ilegalmente necesita más que otro el amor y cuidados de todos los seres que están a su alrededor, mujeres y hombres. Desgraciadamente esta limitada concepción de las relaciones humanas hubo de engendrar la gran tragedia existente en la vida del hombre y de la mujer moderna.

Hace unos quince años que apareció una obra cuyo autor era la brillante escritora noruega Laura Marholm. Se titulaba *La Mujer, estudio de caracteres*. Fué una de las primeras en llamar la atención sobre la estrechez y la vaciedad del concepto de la emancipación de la mujer, y de los trágicos efectos ejercidos en su vida interior. En su trabajo Laura Marholm traza las figuras de varias mujeres extraordinariamente dotadas y talentosas de fama internacional; habla del genio de Eleonora Duse; de la gran matemática y escritora Sonya Kovalevskaja; de la pintora y poetisa Inna que fué María Bashkirtzeff, quien murió muy joven. A través de la descripción de las existencias de esos personajes femeninos y a través de sus extrañamientos mentales, corre la trama deslumbrante de los anhelos insatisfechos, que claman por un vivir más pleno, más armonioso y más bello y al no alcanzarlo, de ahí su inquietud y su soledad. Y a través de esos bocetos psicológicos, magistralmente realizados, no se puede menos de notar que cuanto más alto es el desarrollo de la mental-

dad de una mujer, son más escasas las probabilidades de hallar el ser, el compañero de ruta que le sea completamente afín; — el que no verá en ella, no solamente la parte sexual, sino la criatura humana, el amigo, el camarada de fuerte individualidad, quien no tiene por qué perder un solo rasgo de su carácter.

La mayoría de los hombres, pagados por su suficiencia, con su aire ridículo de tutelaje hacia el sexo débil, resultarían entes algo absurdos, imposibles para una mujer como las descritas en el libro de Laura Marholm. Igualmente imposible sería que no se quisiese ver en ellas más que sus mentalidades y su genio, y no se supiese despertar su naturaleza femenina.

Un poderoso intelecto y la fineza de sensibilidad y sentimiento son dos facultades que se consideran como los necesarios atributos que integrarán una bella personalidad. En el caso de la mujer moderna, ya no es lo mismo. Durante algunos centenares de años el matrimo-

en los corazones de las más activas propagandistas de la emancipación, como los que tuvieron en las cabezas y en los corazones de sus abuelas.

¿Esos tiranos internos acaso no se encarnan en la forma de la pública opinión, o lo que dirá mamá, papá, tía, y otros parientes; lo que dirá Mrs. Grundy, Mr. Comstock, el patrón, y el Consejo de Educación? Todos esos organismos tan activos, pesquisas morales, cárceles del espíritu humano, ¿qué han de decir? Hasta que la mujer no haya aprendido a desafiar a todas las instituciones, resistir firmemente en su sitio, insistiendo que no sea el despojo de la menor libertad; escuchando la voz de su naturaleza; ya la llame para gozar de los grandes tesoros de la vida, el amor por un hombre, o para cumplir con su más gloriosa misión, el derecho de dar libremente la vida a una criatura humana, no se puede llamar emancipada. Cuántas mujeres emancipadas han sido lo bastante valerosas para confesarse

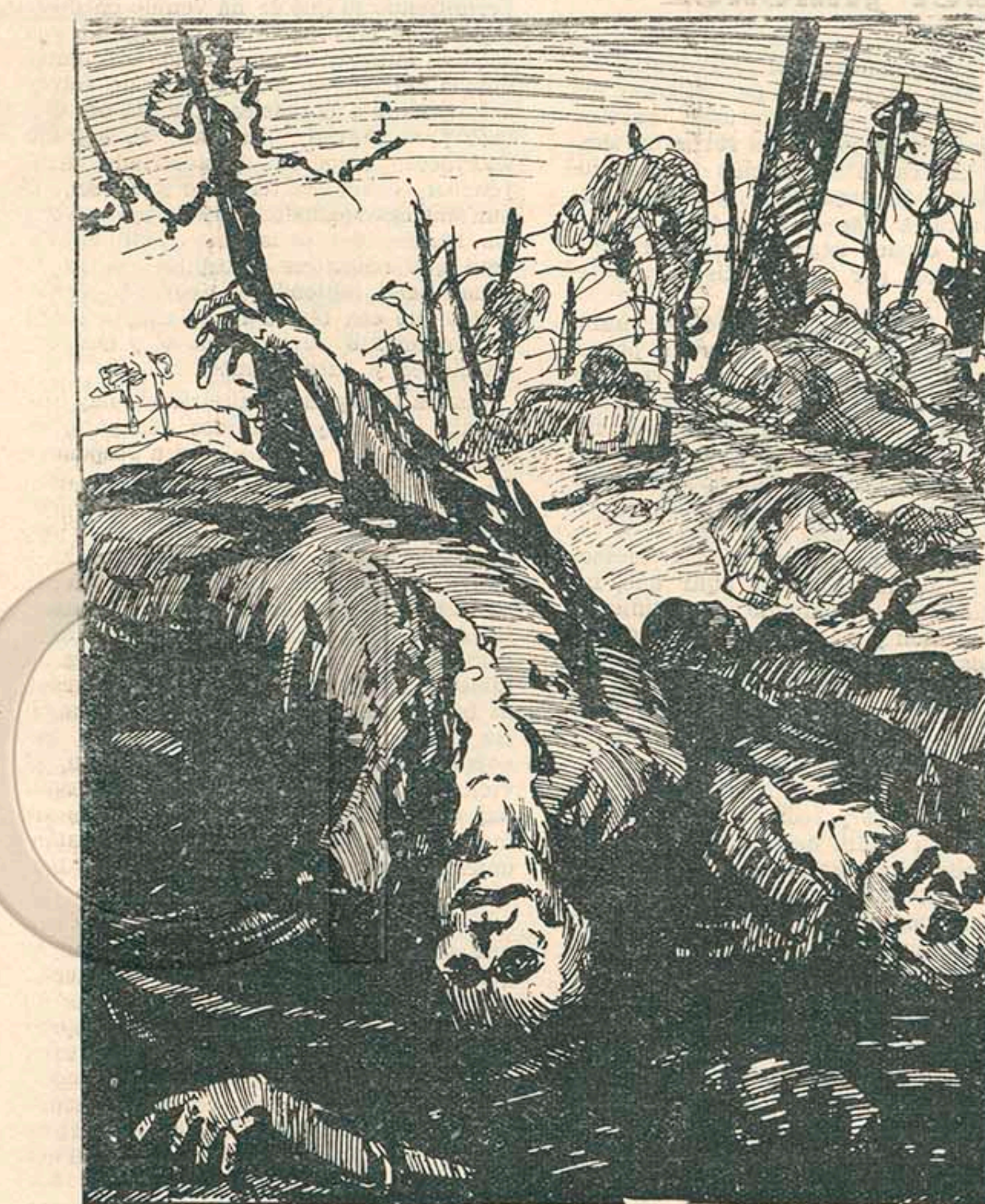
pero él no está por cometer ningún gesto romántico y absurdo. La poesía y el entusiasmo del amor le hacen ruborizar, ante la pureza de la novia. Silencia e inocente amor, y permanece correcto. También, ella es muy medida, muy razonable, muy deciente. Temo que de haberse unido esa pareja, el jovencito hubiera corrido el riesgo de hearse hasta morir. Debo confesar que nada veo de hermoso en esta nueva belleza, que es tan fría como las paredes y los pisos que ella sueña impiantar en el porvenir. Prefiero más bien los cantos de amor de la época romántica, don Juan y Venus, más bien el mocetón que rapta a su amada en una noche de luna, con la escaleras de cuerda, perseguido por la maldición del padre y los gruñidos de a madre, y el chismorreo moral del vecindario, que la corrección y la decencia medida por el metro del tendero. Si el amor no sabe darse sus restricciones, no es amor, sino soamente una transacción, que acabará en desastre por el más o el menos.

La gran limitación de miras del movimiento emancipacionista de la actualidad, reside en su artificial estiramiento y en la mezquina respetabilidad con que se reviste, lo que produce un vacío en el alma de la mujer, no permitiéndole satisfacer sus mas naturales ansias. Una vez hice notar que parecía existir una más estrecha relación entre la madre de corte antiguo, el ama de casa siempre alerta, velando por la felicidad de sus pequeños y el bienestar de los suyos, y la verdadera mujer moderna, que con la mayoría de las emancipadas. Estas discípulas de la emancipación deparada, clamaron contra mi heterodoxia y me declararon buena para la hoguera. Su cielo no les dejó ver que mi comparación entre lo viejo y lo nuevo tendía solamente a probar que un buen número de nuestras abuelas tenían más sangre en las venas, mucho más humor e ingenio, y algunas poseían en alto grado naturalidad, sentimientos bondadosos y sencillos, más que la mayoría de nuestras profesionales emancipadas que llenan las aulas de los colegios, las universidades y las oficinas. Esto después de todo no significa el deseo de retornar al pasado, ni regresar a la mujer a su antigua esfera, la cocina y al amantamiento de las crías.

La salvación estriba en una enérgica marcha hacia un futuro cada vez más radiante. Necesitamos que cada vez sea más intenso el desdén, el desprecio, la indiferencia contra las antiguas tradiciones y los viejos hábitos. El movimiento emancipacionista ha dado apenas el primer paso en este sentido. Es de esperar que renna sus fuerzas para dar otro. El derecho del voto, de la igualdad de los derechos civiles, pueden ser conquistas valiosas; pero la verdadera emancipación no empieza en los parlamentos, ni en las urnas. Empieza en el alma de la mujer. La historia nos cuenta que las clases oprimidas conquistaron su verdadera libertad, arrancándose a su amor en una serie de esfuerzos. Es necesario que la mujer se grave en la memoria esa enseñanza y que comprenda que tendrá toda la libertad que sus mismos esfuerzos alcancen a obtener. Es por eso mucho más importante que comience con su regeneración interna, cortando el lazo del peso de los prejuicios, tradiciones y costumbres rutinarias. La demanda para poseer iguales derechos en todas las profesiones de la vida contemporánea es justa; pero, después de todo, el derecho más vital es el de poder amar y ser amado.

Verdaderamente, si de una emancipación apenas parcial se llega a la completa emancipación de la mujer, habrá que barrer de una vez con la ridícula noción que ser amada, ser querida y madre, es sinónimo de esclava o de completa subordinación. Deberá hacer desaparecer la absurda noción del dualismo del sexo, o que el hombre y la mujer representen dos mundos antagonicos.

La pequeñez separa; la amplitud une. Dejen que seamos grandes y generosos. Déjenos hacer de lado un cúmulo de complicadas mezquindades para quedarnos con las cosas vitales. Una sensata concepción acerca de las relaciones de los sexos no ha de admitir el conquistado y el conquistador; no conoce más que esto: prodigarse, entregarse sin tasa para encontrarse a sí mismo más rico, más profun-



Bellezas de la guerra

do basado en la Biblia, "hasta la muerte de una de las partes", se reveló como una institución que se apuntala en la soberanía del hombre en perjuicio de la mujer, exige su completa sumisión a su voluntad y a sus caprichos, dependiendo de él por su nombre y por su manutención. Repetidas veces se ha hecho comprobar que las antiguas relaciones matrimoniales se reducían a hacer de la mujer una sierva y una incubadora de hijos. Y no obstante, son muchas las mujeres emancipadas que prefieren el matrimonio a las estrecheces de la soltería, — estrecheces convertidas en insostenibles por causa de las cadenas de la moral y de los prejuicios sociales, que cohiben y coartan su naturaleza.

La explicación de esa inconsistencia de juicio por parte del elemento femenino avanzado, se halla en que no se comprendió lo que verdaderamente significaba el movimiento emancipacionista. Se pensó que todo lo que se necesitaba era la independencia contra las tiranías exteriores; y las tiranías internas, mucho más dañinas a la vida y a sus progresos — las convenciones éticas y sociales — se las dejó estar, para que se cuidaran a sí mismas, y ahora están muy bien cuidadas. Y éstas parece que se anidan con tanta fuerza y arraigo en las mentes y

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

1.0—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

2.0—La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

3.0—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?

4.0—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

Respuesta de Miguel Jiménez

Mucho teme mi "deficiencia" que al intervenir en esta encuesta inusitada por la trascendencia de sus ocho puntos, los buenos camaradas inspiradores de Steubenville, los "divulgadores" de B. Aires, y los "estudiosos" del mundo entero, toman a mal mi incontinente atrevimiento.

Cuando se cuenta con tan poco tiempo y medios para desarrollar el intelecto y la especialización o seccionamiento de última hora alcanza a las ciencias y las artes, difícil es poseer los conocimientos de tantas ramas del saber como se precisa para tener la eficiencia necesaria para la encuesta abierta por "Los Iconoclastas".

Convencido, además, de que nada nuevo he de exponer, me consuela e induce la esperanza de recordar, por medio de LA PROTESTA, algo ya oído o leído, pero olvidado, y que otros camaradas, al intervenir también, pero con más destreza, no hayan expresado en esta encuesta fundamental.

Nuestro fragante jardín es deliciosamente abigarrado. El campo anarquista ni es uniforme, ni lo podría ser. Una prueba de su variedad es esta de apreciar todas las cosas diversamente. De confeccionar yo el cuestionario, lo hubiera hecho de un orden diferente que los camaradas de Ohio. Mas, no obstante, procuraré ceñirme al orden de la encuesta.

Antes de todo una línea de agradecimiento y de efusión por el requerimiento que se nos ha hecho a los redactores del reprensado periódico "El Productor".

Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.

En la demoledora crítica, no siempre se abarca a toda la importancia que tienen esas líneas con que los topógrafos separan a las naciones. Hay un extremo que en la mayoría de las veces se escapa a la observación de nuestros críticos. La influencia patria se halla en movimiento constante. La idea del nacionalismo no solo evoluciona en derredor, sino que llega a introducirse en nuestros propios predios. Lo que ante nuestra idiosincrasia parece paradoja, es una triste realidad. La concepción del universalismo no se halla lo suficientemente enraizada entre nosotros. Esto es producto de las reminiscencias y de la insuficiente contraposición hecha a la mayor laza del tradicionalismo.

Bien es claro que las diferencias tanto étnicas como lingüísticas son meras consecuencias, pero grandes obstáculos que obstaculizan la inmejorable obra de universal comunicación sobre todas las proletarias fronteras. Con estos medios y los de vigilancia y coerción, todos los Estados, harto mancomunados contra el único y secular enemigo de ellos destructor, dificultan e impiden la por esto difícil labor de mutuo apoyo y mundial coadunación. Siempre tolerarán más el desenvolvimiento internacional de aquellos partidos que, aunque obreros y socialistas, se satisfacen con desear platónica-

5.0—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.0—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.0—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirse?

8.0—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

mente la transformación del matiz de los Estados. No hay más que recordar los trágicos y por ello gloriosos sucesos aquellos en que todas las furias se desataron contra la Asociación Internacional de los Trabajadores. Sin embargo, qué contraste con la actuación fácil y tranquila de los organismos internacionales creados por los socialistas autoritarios.

Empero, ocurre también que las uniones o federaciones de nación no ponen todo el interés que debían en fortalecer sus lazos de enlace internacional. El estado en que se viene encontrando la intercomunicación y penetración de estos órganos es bastante rudimentario. En la parte informativa y periodística, la facilitación de informes y crónicas, su intercambio, su traducción, es todo escaso, tenue e intermitente. De aquí que, no procurándose el completo conocimiento de toda acción y su desenvolvimiento, sea la solidaridad de todos en prácticas como el boicot y el apoyo en conflictos de trascendencia y gravedad tan extraña, inextensa e insatisfecho. Además, nótese fácilmente que las uniones preocupan casi exclusivamente de los problemas de orden político y económico que gravitan sobre su órbita de acción. Es de imprescindible necesidad el apartarse de todo exclusivismo (aislamiento e independencia, sin desdoro en la particular autonomía tanto en la iniciativa como en la obra). A la expoliación, catequización y dominación del indigente, cuestiones que todos los capitales, iglesias y gobiernos tienen internacionalizadas, hay que oponer una obra más mancomunada y, sobre todo, en campañas y conflictos, la más completa solidaridad.

Occupando en el triángulo social el capitalismo la línea básica, ambos lados o extremos le son absolutamente defensores y dependientes. Ninguno puede vivir sin los otros, ni los dos superiores sin el que es su plano sostenedor, poderoso y proveedor. Quienes creen en la suficiencia y existencia del Estado sin el capitalismo, tienen la prueba-réplica en el novísimo Estado ruso, que, implantado sobre las cenizas del zarismo y del capital, está rectificando la expropiadora obra del proletariado moscovita, abriendo las puertas del único país al capital exterior. Los tres poderes parásitos que tienen sojuzgado al mundo, se ayudan en las obras de sumisión y opresión del pueblo que trabaja, pues al fin de cuentas, es la única fuente de áurea riqueza, el verdadero sostén del craso privilegio y puntal de la sociedad. Cuando la labor ortodoxa, exotérica y tenebrosa de la iglesia deja de influir y cautivar y los productores despertando e izando la bandera de la reivindicación se lanzan atemorizado al capital, entonces despliega su campaña obstruccionista y represiva el Estado. No es extraño que toda potestad, sostenida por medio de la conminación, recurra a la fuerza como armada de salvación en los casos extremos; por eso cuando los oprimidos y explotados en su empresa progresiva y exigente llegan a desasosarse al patronaje, y más, cuando con sus efervescencias y perturbaciones llegan a desazonar al mismo poder político, entonces se recurre a la ley de excepciones o se suprimen todas las leyes para mejor

atacar y reducir a los socavadores del imperioso triptico social.

No es que solamente el capitalismo se halle incapacitado para las funciones económicas que se ha atribuido, irrogando crisis, miserias y turbaciones, sino que éstas adquieren mayores proporciones con la intervención de los gobiernos. Las experiencias cotidianas ponen cada vez más en evidencia el perjuicio y la imprecisión de todo Estado, pues a éste, que en todas sus varias formas ya existe, en cuantas cuestiones influye, dirige o interviene, se le ve insuficiencia y aberración. Habiendo transgido el patronaje de algunos países con que se elevaran a decretos algunas de las aspiraciones, permitiendo lo que se ha venido en decir legislación obrera, no ha conseguido sus sagaces anhelos de aplacar los crecientes deseos del núcleo productor ni de volver astutamente a la clásica armonía del trabajo y el capital. Tampoco ha logrado adormecer a todo el proletariado, atrayéndose, dando carteras de gabinete, ni aun entregando todo el poder ejecutivo a los leaders del socialismo estatista. De aquí que reaccione el capital contra la democracia, pidiendo y apoyando directores que con férrea mano caigan sobre el movimiento revolucionario y sus excitaciones y extremismos.

Contra la represión autoritaria hay que acudir prestos y decididos. Empero, es conveniente no volverse más a responder en sentido individual. Siempre que contra la vasta y organizada reacción se han empleado medios individuales, por ser éstos ineficaces, se ha fracasado fatal y martiriológicamente. Nunca por obra de los sistemáticos atentados a las personalidades o a las cajas de caudales hase conseguido sino muy al contrario en la inmensa mayoría de las ocasiones, vencer al terror gubernativo. Además, los ataques llevan a los atacadores al caldoso, y los más que de él se libran, al vicio y la fangosidad. A la represión hay que contestar en masa, por todos los medios insurgentes colectivos, prestándoles el exterior, su desarrollo en los boicots, mutuo apoyo y solidaridad.

La dictadura es el último recurso con que cuenta el privilegio para salvar la grave circunstancia actual y sostenerse. En ella fundan todas sus esperanzas de continuación de su predominio. Después de ser implantada en Italia y en Rusia, a cuyas naciones han imitado en seguida otras, amenaza con extenderse a todos los países. Ella ha sido establecida expresamente para destruir a las fracciones autoritarias. Véase como no se distingue la dictadura roja de las blancas en sus respectivas naciones, en la incalificable saña con que se persigue a las personas y a las colectividades de tendencia acratía. Contra este mal no hay otro medio, por lo menos, que la mancomunada acción revolucionaria de los países afectados por la dictadura, desde luego, con la general relación y ayuda y, en caso de desarrollo, con la propagación internacional de la insurrección anárquica.

La anarquía, como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?

Tiempo atrás, — sabido es, pues fué ruidoso e interesante — se entabló desde nuestros paladines elucidario y singular combate contra la Academia de la Lengua y su defectivo diccionario. No dándole una explicación justa y amplia, sino, por el contrario, verdaderamente capiciosa e incompleta a la por nosotros tan venerada palabra, es por lo que surgió aquella acendrada cruzada que, llevándola como diosa de guerra, venía a requerirla y reivindicarla. Mostrando contumacia como asimismo contumelia, los académicos al no darle otra acepción que la de desorden a la voz anarquía, explicación que además de encenegarla no se ajustaba puramente a su etimología, se recrudeció la empresa que había de acabar entonando un epinicio al lo-

grarse por fin que en los diccionarios también se aceptara la definición no gobierno de la compuesta palabra, antes así escrita en la Iberia, an-arquia.

Apúntase que en los históricos tiempos de relieve y grandeza de la fastuosa Hélade, cuando inusitadamente se producían serios movimientos epilépticos, entonces se pronunciaba la voz anarké para designar aquellos turbulentos hechos por los que se llegaba a carecer por cierto tiempo de gobierno. Caído el tirano por la obra insurreccional, si inmediatamente no era reemplazado por otro poder, se decía vivir en plena anarquía al lapso en que se estaba carente de autoridad. Entonces a estos períodos de desbordamiento ponía fin otro entronizado poder, era lo verdadero, a la convulsión social seguiría la franca e inobscurecida evolución. Esto, por sí solo, ya serviría como demostración suficiente de que la anarquía, además de representar un principio de completa ausencia de autoridad, encierra en sí misma, en cierto modo, un definido sentido de revolución.

Pero esto por sí sólo no basta a satisfacer ni a convertir. Además, siempre que se sientan afirmaciones de esta índole se hace preciso el explayarlas, para que no quede duda de ellas y deshacer posibles masas interpretaciones. La concepción en los teóricos productos de las elaboraciones de ciertos demagogos inconscientes hace que estos teoremas sean completamente obstruccionistas en la generalidad, que al estudiar, lo hace con cierta logomaquia. Mas, ocurre también en algunas ocasiones, que aquello que se tiene marcado interés en deshacer, es precisamente lo que se refuerza. Así es que, los que poseyendo un espíritu misonéico dicen que sin gobierno no puede haber tranquilidad y concierto, pueden decir que la anarquía es la propia intranquilidad, ya que todas las conmociones son violentas. Quienes obsesionados por un espejismo son amantes del existente ordo social, que mai que les pese es un completo desorden, pues se halla asentado sobre el jorrazo del robo, la pesé de la miseria, el ceno de la prostitución, la laza del trabajo caparrotador y la sangre de las horridas guerras, y que dicitamente se sostiene por el poder de la armada fuerza, deben recurrir que desde que las sociedades se hallan bajo la tutela del poder político, tanto éste como después las diversas formas o sistemas de arquía, para implantarse e imponerse, se vancon de la inquietud y de la violencia. De aquí que resurge también que toda forma de craca sea igualmente revolucionaria. Mas los sistemas de Estado vienen a pasar por dos fases diferentes: para instalarse son revolucionarios, pero después quieren perpetuarse, por lo que, ante la revolución que los quiere despaizar, se hacen absolutamente reaccionarios. Las nítidas aguas de un caudaloso río sigueraudas su avance, agitando se, oscuculos se oponen a su marcha, sino, no; y si ante ellas se levanta un gran dique, se detienen, concentran, y saltan o se desbordada, volviendo otra vez a madre, y a proseguir su corriente. El progreso a pesar de su gran obstáculo, el Estado, avanza. La anarquía, ni se para ni tiene fin, porque, además, es el propio progreso su imperturbable marcha.

Otra prueba que viene a robustecer la tesis en este punto asentada, la tenemos en el hecho de nuestra calificación. Dese que ésta se ve, queriendo anatematizar a nuestros predecesores, nos dió un nombre, del que nos enorgullecemos. Fué en los gloriosos tiempos de la episdica y mayestática Revolución Francesa. En aquella, como en todas las habadas, la autoridad naciente pretendía, como totalmente lo consiguió, detener las bellas e innovadoras aspiraciones del pueblo que ya no se contentaba con la declaración oficial, sino que quería de una manera real los célebres "derechos del hombre". Y a cuantos, agitando las masas, las instaba a no cejar y continuar la mag-

LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS

Por RICARDO MELLA

(Estudio y réplica)

Un volumen de 172 págs. en 8.

Precio \$ 1.—

Se vende en esta administración

beración política ni debe ser antes ni después que la económica, sino que tiene que perseguirse al mismo tiempo, de lo contrario nunca será un hecho la completa y definitiva mutación de la ceterina sociedad.

Con el moderno sindicalismo, la última propaganda realizada en los órganos obreros ha venido asegurando la necesidad de un régimen provisorio. Al extenderse el sindicalismo por los países de Europa y América, se ha desarrollado esa tesis que niega la inmediata plasmación de los sistemas esencialmente acratas. Así el sindicalismo ha contribuido también a esa desleal y desvirtuadora labor que desplaza la fe puesta en el anarquismo. El sindicalismo, que no se diferencia absolutamente de los partidos políticos avanzados en lo de tener un programa acabado para la deseada transformación, desea también servir de tránsito de la opresiva a la libre sociedad. Así, pues, es un puente más. Pero hace pensar que como los otros denominados regimenes, en lugar de servir de puente, venga a ser más bien otro formidable dique opuesto a la acratización de la sociedad. Ya hay quienes, asegurando que el sindicalismo se basta a sí mismo, le hacen medio e ideal, marchando en pos de la implantación del Estado sindical. Otros, sin atreverse a declararlo, pidiendo todo el poder para los sindicatos, no dejan de perseguir otro objetivo. El llamado sindicalismo revolucionario, que dice ir al comunismo libre, por su actual concentración de obreros, su conjunción de oficios, sus grandes organismos, su disciplina, su centralismo y su poder de juntas y comités, hace creer que, en sus manos la administración y la riqueza, lo que haría es instaurar de hecho un formidable Estado sindicalista. Alcese el espíritu, decaído por estas desviaciones, y contra todos los poderes, viejos o nuevos establecidos o por establecer, propugnamos nuestra sola y verdadera revolución, la anarquista.

D. A. DE SANTILLAN (1)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

En marzo de 1925 se celebró en Amsterdam el segundo congreso de la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores, con delegados de las organizaciones obreras revolucionarias de Alemania, Suecia, Noruega, Holanda, España, Portugal, Italia, Argentina, Uruguay y Brasil. A propuesta de la delegación argentina se adoptó la siguiente resolución:

"Considerando que la Asociación Internacional de los Trabajadores aspira a la supresión de toda forma de salariado y a la abolición del Estado, como a uno de sus objetivos más importantes y fundamentales, — objetivo que no será alcanzado más que por la clase obrera revolucionaria organizada;

"que las luchas prácticas por la obtención de mejores condiciones de vida para el proletariado dentro de la sociedad capitalista, son de una importancia singular para el desarrollo de la iniciativa revolucionaria del movimiento obrero, y para la elevación del nivel de vida en todos los dominios de la existencia material y espiritual;

Al ser un ideal humano, ¿es o no proletaria la anarquía?

Refiérese que el famosísimo filósofo llamado Diógenes y apodado el Cínico, mayormente conquistó la celebridad, no por haber vestido con harapos, bebido en el hueco de la mano y dormido en el fondo de un tonel, sino por haber caminado descalzo llevando una linterna encendida, por las calles de la bella Atenas y en pleno día, en busca de la perfección personificada en el hombre. Si buscado, buscando, Diógenes de Sinope hubiera recorrido toda la parte del mundo entonces conocida, no hubiera encontrado el hombre que buscaba. Como si de vivir en la actualidad, el célebre discípulo de Aristóteles, linterna en mano, buscando hubiera recorrido las cinco partes de la tierra, no hubiera encontrado al hombre digno de la rígida moral que aquel su maestro predicara. Y de vivir y de hacerse realidad las fantasías del excelente novelista Julio Verne, el celoso propagandista de la doctrina cínica, buscando, recorriera otros planetas, de cierto no hallaría la pureza ni en el hombre ni en nada.

Todas las cosas tienen su época. Por eso no había de faltarle la suya a esa corriente metafísica muy amiga de elevarse a las regiones abstractas. Así se generalizó un ambiente que, separándose de la realidad, corría en pos de la ilusión de la Pureza y de la Verdad. Toda la filosofía giraba en torno de la inconseguible Perfección, la Ética, remontándose a lo inaccesible, tenía por objetivos a la completa Virtud y a la acabada Bondad. La estética, anhelando también todo lo absoluto, tenía a lo Bello y a lo Sublime como finalidad. Toda la literatura clásica, como una deidad omnipotente, se daba a la creación de motivos sublimizados y de figuras geniales, heroicas y divinas. La espiritualidad de entonces, obsesionada por lo supremo, no le concedía ninguna importancia a la relatividad. Por ese superno sentido que le daba a todas las cosas, era, además de antihumana, irreal.

Esa inclinación a todo lo absoluto, no porque se halla ya en completo estado de decreción, no llega hasta llevar su influencia a algunos sectores, tomando en ellos cuerpo y formando escuela. Ha sido precisamente al desarrollarse su proceso de declinación, cuando se ha introducido en nuestro medio. Aunque la idea de lo supremo se encuentra en distante e inconvergente línea de la que todo lo hace sencillo, practicable y evolutivo, ha podido introducirse, a pesar de ser esta última la dominante. Y aunque ha tropezado con la opuesta propaganda que hace de la anarquía un ideal claro y realizable, ha logrado conquistar en nuestro campo adherentes. Esto solamente puede explicarse por lo mucho que tiene de seductora esta tendencia. Por ella se perduraba a la idea anarquista en lugar

de beneficiarla, ya que cuanto más pura se convertía, se hacía menos real, a la par que se convertía en una utopía sólo cognoscible por un corto número de elegidos, mientras se hacía completamente artificiosa y abstrusa para los demás. Ella comenzó por presentar a la Anarquía como una nueva abstracción. Y prosiguiendo por el ascendente metafísico, la llegó a colocar entre las mitológicas Belleza y Perfección.

Cuánto se han aprovechado de esto y siguen aprovechándose nuestros seculares enemigos. Cómo explotan ahora todo esto los astutos inmigrantes de la doctrina anarquista. Han visto con ello un medio más útil y convincente y han cambiado de táctica. Ya no zahieren a la anarquía sosteniendo que con su reinado imperarán la desgracia, la desmoralización y el desorden sino la hien aduciendo que de puro perfecta es completamente imposible que la puedan instaurar y observar los hombres. Así, en lugar de negarle, sino exagerando hasta el máximo sus cualidades de belleza y de libertad, procuran apartarla de la atención, el estudio y la comprensión de los sencillos explotados y oprimidos y presentándose como amantes y aduladores de ella, laboran por su impenetración, su soledad y su muerte, diciendo que es propia para ángeles o dioses, pero nunca para humanos seres.

Igualmente, por medio de esa propaganda, hecho con tanta ambigüedad, que presenta a nuestra idea como muy bella pero imposible de plasmarse por los siglos de los siglos o de practicarse por lo menos por la presente generación, se ha podido desviar a los proletarios del sendero de la verdadera e integral emancipación.

La anarquía no es ningún dogma inmutable, ni santo espíritu de fervorosa adoración, ni plástico motivo para la contemplación de dilettantes, ni especulativo objeto para el entretenimiento de demagogos y panegiristas; sino una idea humana, progresiva, bienhechora, realista. Toda idealidad que no dé al individuo la sensación de un valor en realismo, en belleza y en magnitud, no puede ser considerada nada más que como mero pasatempo de cuatro snobs. No nos extasiamos como Pierrot cantando endechas a la luna. Hay que descender a la arena, hay que llevar hasta el final las consecuencias ideológicas, contrastándolas ante las legiones de la injusticia, poniéndolas a prueba en duros forcejeos contra aquellas instituciones en cuyo seno se incuban la soberbia, la esclavitud y la miseria. Laboremus porque los seres humanos sean los artifices de su propia libertad, y porque busquen en sí mismos la fuerza de la unidad y el camino de la emancipación, sin confiar a extraños poderes la misión de exonerarlos y de establecer la felicidad para todos sobre la tierra.

vamente en toda acción tendiente a la conquista de la jornada de seis horas"

Esa resolución pareció a algunos militantes revolucionarios un tanto precipitada y sin objetivo. Fué apreciada de manera muy diversa, cuando no silenciada sistemáticamente, en los primeros tiempos. Poco a poco se abre camino y queremos resumir aquí algunas de las razones que nos llevaron a la defensa de esa iniciativa, sin tener en cuenta la situación crítica de desaliento y de cansancio que atraviesa el proletariado internacional.

Bien sabemos que ha de costar algún esfuerzo romper la indiferencia general e interesar las grandes masas en esta reivindicación. Pero juzgamos que la reducción de la jornada es un imperativo de la situación actual de la técnica productiva, y que, así se quiere aliviar algo la penuria creciente de los trabajadores, aunque sea de una manera efímera, por algunos años solamente, habrá que reducir la jornada de trabajo para que desaparezca el ejército industrial de reserva que amenaza la estabilidad de todas las conquistas obreras de los últimos treinta o cuarenta años.

La tendencia a la disminución de la jornada es tan ineludible en el mundo del trabajo, dentro del sistema capitalista, como la tendencia del capitalismo mismo al acrecentamiento de su riqueza a costa de los trabajadores.

La propia jornada de seis horas, que podría parecer una idea nueva, ha sido ya objeto de aspiraciones más o menos platónicas. Hace más de treinta y cinco años hubo en Australia una tendencia que propiciaba la implantación de la semana de 35 horas, repartidas en cin-

LUIS BONAFUOX

LOS DIPUTADOS

No podemos creer que el anarquismo sea un genial descubrimiento de laboratorio, ni producto del trabajo y del ingenio de pensadores y filósofos. Nuestra firme consideración es que el anarquismo es una corriente rebelde y social; un movimiento espontáneo de los oprimidos y exultantes que llegaron a la comprensión del mal y de la inutilidad de los tres poderes: Iglesia, Capital y Estado; una manifestación colectiva que halla por un justo y nivelado estado de cosas que reparte al individuo el máximo posible de dicha y de libertad. Esto no quiere decir, en manera alguna, que se niegue a la novechosa especulación filosófica y se desdeñe a los pensadores y filósofos, sino que se les considere sin exasperaciones, en su justo valor. La obra de la filosofía ha cooperado a la concreción y especificación de las aspiraciones que palpitan en las fracciones de proletarios rebeldes; pero esto no le da ningún derecho a conceitar como cosa propia a la anárquica concepción.

Entre la parte del obrerismo que tiene clara conciencia de su deprimido estado y de su importante papel social, es donde se extiende y se agita el problema del anarquismo. Los obreros que paulatinamente o por un accidente entierran su vida en el fondo de la mina, que riegan con su sudor los surcos de la tierra y que dejan sus energías en el interior de las fábricas, los que son vilmente explotados y no mimados por la burguesía, son los que más sufren y por ello saben de las miserias, de los egoísmos y de las injusticias que encierra el actual orden con sus castas y privilegios. Para ellos la anarquía no es más que una sociedad de productores libres, basada en el trabajo y en la libertad. Por eso, no es que luchen por la dominación de su clase, sino que van a la destrucción del parasitismo, el privilegio y las clases; asimilándose, hasta no quedar en su lugar más que productores que serán a la vez consumidores, unidos por los lazos del apoyo y la cooperación. Ellos son los que se juntan, los que se mueven, los que se agitan de continuo, llegando hasta producir inquietud al capital y a los poderes constituidos; ellos han sido la fuerza de todas las revoluciones: por eso es de ellos de donde esperamos ha de brotar la anhelada transformación social.

Por estas razones que alegamos en defensa del movimiento obrero anarquista y de la vuelta al anarquismo de las organizaciones obreras que en el seno de la vieja Asociación Internacional fueron anarquista-colectivistas, se nos acusa de que queremos hacer de la anarquía un ideal de clase, por unos, y por otros, de que por nuestra nueva e idiosincrática manera de concebir el ideal perseguimos la proletarianización de la anarquía.

(Concluirá)

Por fin... ha fallecido el período electoral. Los diputados han surgido en plena fiesta de la Candelaria, al iniciarse la primavera, casi casi al despuntar en el Retiro y en el campo del Moro las setas y las lilas.

Son muchos los que pueden jactarse de ser independientes (de la opinión pública); son muchos también, en "ambos hemisferios", los señoritos que se han quedado compuestos y sin distrito.

Recuerdo haber leído este diálogo:

—¿Y el chiquitín?

—Tan mono.

—¿En qué se ocupa?

—En nada... Esperamos que sea oportuno para hacerle diputado.

Aparte de alguno (*rara avis*) que quiere ser diputado por patriotismo, y de otros (los más) que lo desean para recabar *per se* (léase para ellos) o *per accidens* (léase para sus amigos y paniaguados destinos gordos), todos anhelan la investidura de padres de la patria para que lo cuente *La Correspondencia* y puedan ellos repetir en papel del Congreso: — sin que falte, por supuesto, quien haga acopio de caramelos para la familia, ni quien los venda a la misma confitería que los vendió.

Para el hombre que no es orador ni escritor, que no tiene instrucción ni talento, y que, a pesar de tamañas deficiencias, se ve compelido a dejar que le pongan la investidura — que es como si le pusieran un arnés y lo engancharan al carro del Parlamento, — para ese hombre, si tiene decoro, la diputación es el mayor de los suplicios.

No... yo no olvidaré nunca las fatigas que pasó don José Gómez, que era buen ciudadano, buen padre de familia y buen amigo; pero que era al propio tiempo un caso de caquexia intelectual y un ignorante de condición. Su cabeza no sonaba tanto a hueco allá en el distrito; y aunque pareciera mentira, a don José se le había oído con de'eite en el mostrador de su casa y alguna que otra vez en el Casino.

¡Pero en Madrid!... En Madrid se habla más delgado, y allí no *resultaba* don José Gómez; allí, en aquel medio ambiente que no era el suyo y para el cual no había nacido, se caía a pedazos de puro aburrido. El *bulle-bulle* del salón de conferencias le ponía *bomba* la calabaza que le servía de cabeza.

Los diputados charlaban por los codos... que Sagasta dijo que el gobierno no estaba moralmente muerto y que en caso de crisis sería llamado al poder.

el partido constitucional; que Sagasta salió en seguida a enterar a Martínez Campos, el cual estaba amorzando en Lhardy, y terminó la narración con un gesto de inteligencia que fué muy comentado; que Romero Robledo se propuso arrojar del templo a los mercaderes de la política; que a Carvajal le pareció bien el manifiesto de Ruiz Zorilla; que a Salmerón no le parece lo mismo y quiere modificarlo; que Pi y Margall está con el espíritu, pero no con la letra del documento, y que Castelar no está con la letra ni con el Espíritu Santo; que todos los demócratas están conformes con el manifiesto, pero que no puede haber fusión entre dichos elementos, y si puede haber inteligencia, o al revés; que habrá crisis si sale Silvela, pero que si no sale del gobierno, puede que tampoco haya crisis; que... Don José Gómez se volvía loco. Haciendo un esfuerzo se acercaba a otro corro.

—Aproposito, don José, le dice un diputado. Estamos hablando de la autonomía, ¿y como usted viene de allá?... Diga usted, don José: ¿ha leído usted el *Catecismo político* de Montigny?

—¿Qué crueldad! ¿Preguntar eso a don José, que conoce a medias el catecismo del padre Ripalda!

—Oiga usted, señor de Gómez, dice otro diputado zumbón. Cuéntenos algo de esa obra de Hernán Merival, titulada *Lectures on Colonization and Colonies*...

—Instrúyanos usted, don José.

—¡Alterne usted con nosotros, señor de Gómez!

Y don José, abrumado, corrido, se dirige a la puerta; pero tropieza con un compañero suyo, otro Gómez, y le pregunta como preguntaban los progresistas cuando hablaba Salmerón:

—¿Qué dicen esas gentes? ¿De qué hablan en ese grupo? Leroy-Beaulieu, John Russell, ¿les has oído tú mentar alguna vez?

En su precipitación, olvida al salir que le han recomendado que se tape la boca. Bien es verdad que no hubiera podido tapársela, porque sale con tres palmos de narices. El salón de conferencias es un horno, y la temperatura es glacial en la calle. Don José Gómez toma una bronquitis horrible que le pone "a las puertas del sepulcro".

Restablecido de la dolencia, vive amargado por su insignificancia personal en Madrid. ¡Qué injusticia! Madrid no sabe quién es don José, el acaudalado dueño de la mejor fábrica de pan de Mallorca, ni sabe tampoco los millones que

guerdan en su tahona, y sobre los cuales, y consiguiendo votos a cambio de panecillos, alzó el pavés de su diputación bufa. ¡El señor de Gómez está consternado! Pero... ¿por qué, se pregunta el mismo, me habrá salido del tueste, o sea de la panadería?... Y entonces, aprovechando la agria levadura de la vanidad ultrajada, malos amigos suyos, que le deben el pan de diez años, le intantan a echar un discurso sobre la cuestión harinera.

—No tenga usted miedo, don José. La cosa es no cortarse. Usted domina el asunto.

El también lo creía. Pero la tribuna del Congreso es harina de otro costal. Madrid ignoraba las proezas, dignas de todo encomio, de aquel *nabab* que fabricaba panecillos. Madrid se fijaba en la cara de libreta que tenía el buen diputado, y en su formidable leontina, perteneciente a la clase de las que han sido chacoteadas por Pereda y Palacio Valdés, y en las obleas de sebo que llevaba en las sienes, porque don José era jaqueoso.

Resuelto a todo, puesto que ya estaba en el burro, muy metido en sí, don José se metió también en harina, esto es, en discurso, y Madrid, desde la tribuna pública, se reía de él con toda la boca.

—¿Tengo yo monos en la cara? preguntaba a los amigos que había colocado detrás de él para que le apuntaran mientras enjaretaba el discurso.

Don José echaba chispas. Se ahogaba. El vaso de agua con azucarrillos no lo graba refrescarlo. ¡Oh! ¡si él tuviera a mano una *ginebrita* o un néctar con soda!... Sudando la gota gorda, herido por aque-la risa acerada, que era un silbo del Guadarrama, y metiéndose en las sobaqueras los dedos pulgares, hizo un esfuerzo sobrehumano para recordar el párrafo más saliente de un discurso suyo, que fué muy aplaudido en el castiño de su pueblo; y, puesto ya a recordar, recordó todo el párrafo, y lo soltó todo... entre risas imacabables, porque Madrid continuaba riéndose de él, ¡de don José Gómez!... Y es que don José le resultaba divertido a Madrid, que es un pueblo de buen humor.

Una voz gritó desde la tribuna de periodistas:

—¡Valiente costal!

Otra voz dijo:

—Eso no es hablar; eso es ladrar y silbar un discurso.

Y de repente, estallando como una tromba marina, cien voces exclamaron: —¡Que lo lleven al Retiro y lo metan en la jaula de los monos que se han muerto!...

Yo que había ido a aplaudir a don José — porque hay que hacer de todo en esta vida ingrata — lloraba de pena. Y aquella misma noche, ¡oh fatalismo de la suerte! murió don José Gómez de un cólico oratorio...

co días. Y sin ir más lejos la Federación Obrera Regional Argentina aprobó en su sexto congreso, celebrado en septiembre de 1906, esta moción: "El sexto congreso recomienda a los gremios que se pongan en condiciones de hacer triunfar la jornada de seis horas". Es verdad, esas iniciativas no fueron objeto de propaganda sistemática; las condiciones económicas del mundo, salvo las crisis pasajeras, eran relativamente florecientes, y en esa prosperidad relativa el equilibrio entre el consumo y la capacidad de producción se ha ido sosteniendo hasta la guerra mundial. Después de la guerra, la situación económica internacional ofrece caracteres completamente nuevos y, de acuerdo a ellos, la conquista de la jornada de seis horas, que fué aspiración platónica hasta aquí, se convierte ahora en una necesidad de vital importancia.

Contra el desaliento que podría surgir ante las dificultades para que la idea de las seis horas penetre en el corazón de los proletarios y los mueva a la lucha por su conquista, recordamos estos antecedentes de la lucha por la jornada de ocho horas:

La jornada de ocho horas, que tuvo en los sucesos sangrientos de Chicago en 1886 el comienzo de su realización, no surgió de la noche a la mañana; su elaboración y difusión exigió una larga sucesión de años y una serie interminable de luchas y sacrificios.

En un congreso obrero de Baltimore, celebrado en agosto de 1866, veinte años antes de la tragedia de Chicago, se declaró: "Lo que es preciso reivindicar ante todo, para sustraer el trabajo de nuestro país a la

esclavitud capitalista, es una ley que fije en ocho horas la jornada normal. Estamos resueltos a emplear todas nuestras fuerzas para alcanzar ese glorioso resultado".

Y al mes siguiente, el congreso de la primera Internacional, celebrado en Ginebra, toma esta esta resolución: "Considerando la limitación de la jornada de trabajo como la condición previa para el logro de todos los demás esfuerzos en vista de la emancipación... Pronunciamos fiar en ocho horas el límite legal de la jornada de trabajo...".

Como se vé, veinte años antes de iniciarse la lucha activa de los trabajadores por la jornada de ocho horas, esa idea fué discutida y aprobada por los enojosos obreros. Ese largo período de gestación se explica por las condiciones industriales relativamente tolerables, que no apremiaban, con la urgencia que lo hacen hoy, una solución al problema de la jornada de trabajo.

Se habla en todos los países, después de la guerra, de una crisis aguda de desocupación: tres o cuatro millones de obreros sin trabajo en los Estados Unidos, un par de millones en Inglaterra, otro tanto en Alemania, y así sucesivamente en la inmensa mayoría de los países de Europa y de América. En la propia Rusia de la "dictadura proletaria", la desocupación es uno de los problemas capitales. En la Argentina, que apenas conoce el moderno industrialismo, existen actualmente unos 300.000 obreros desocupados. Y en todas partes se reconoce que esta crisis se diferencia de todas las demás crisis comerciales e industriales, propias del ca-

pitalismo, por su carácter persistente y su agravación incesante. Esta cronicidad puede simularse cuanto se quiera, pero será imposible silenciar por mucho tiempo sus causas generadoras y postergar eternamente la aplicación de la sola medida que puede modificar la situación, tanto para los trabajadores como para los capitalistas mismos: la reducción de la jornada de trabajo.

Hace cincuenta años, una desocupación tan formidable como la actual, hubiera sido un factor revolucionario; pero el socialismo científico ha sabido adiestrar los instintos populares y domar los impulsos de las masas. La desocupación obrera favorece los planes de la reacción internacional.

Gentes más o menos bien intencionadas se preocupan de hallar una solución a esta crisis inaudita; pueden leerse tratados enormes, recetas científicas, exposiciones económicas reveladoras de esfuerzo mental y paciencia; pero todo eso, hasta ahora, está lejos de aproximarse al fondo de la cuestión.

El capitalismo tiene ya una potencia tal, que se rige por sus propias leyes inherentes, más poderosas que la voluntad de tal o cual capitalista aislado. Al desoñecer eso se va de contradicción en contradicción, y los economistas y sociólogos marchan a la zaga de las evoluciones de ese funesto sistema económico, que no se deja guiar ni determinar más que por la propia esencia antihumana que le dió la vida.

Quien sabe si al fin y al cabo Marx haya tenido algo de razón al constatar el desenvolvimiento suicida del capitalismo, no en la forma prevista por él — la acumulación del capital — sino en el sentido del agotamiento de la especie humana en sus rodajes incontrastables.